



XI

CUANDO terminó Gonzalo el capítulo, en el comedor repicaba la campana llamando al almuerzo. Por fin acabara esa eterna *Torre de don Ramires*. Puso FINIS al terminar y fechó con la hora, que era la del medio día y catorce minutos.

Al abandonar el trabajo, sentía una profunda aversión por aquel remoto mundo alfonsino, tan bestial y tan inhumano. ¡Si al menos le consolase la certidumbre de que reconstituía con luminosa verdad el sér moral de sus abuelos! Pero, ¡cál; bien recelaba que bajo desconcertadas armaduras de poca exactitud arqueológica apenas se esfumaban inciertas almas de ninguna realidad histórica.

Hasta dudaba de aquellas sanguijuelas que recubrían el cuerpo de un hombre mientras la hueste masticaba la ración. En fin, Castañeiro celebró los primeros capítulos. La multitud ama en las novelas los grandes furros y la sangre, y en breve los *Anales* esparcirían por todo Portu-

gal la fama de aquella casa ilustre que armaba mesnadas, arrasaba castillos, saqueaba comarcas por orgullo de su pendón y afrontaba á los reyes arrogantemente en los campos de la lid. El verano, pues, fué fecundo, y para coronarlo he aquí que la elección lo libertaba de las melancolías de su retiro rural.

Para no retardar las visitas á los influyentes, montó á caballo después del almuerzo, á pesar del calor canicular que se sentía desde la víspera. En los comienzos de la carretera de los Bravaes, un hombre gordo, con su quitasol de seda bermeja, detuvo al hidalgo con una cortesía inmensa; era Godiño, empleado en la Administración. Llevaba un oficio urgente para el pedáneo de los Bravaes, y ahora corría á la Torre de parte del señor Gouveia.

Gonzalo llevó la yegua hacia la sombra de un castaño:

— ¿Qué hay, amigo Godiño?

El señor administrador anunciaba á don Gonzalo que el de Nacejas, en tratamiento en el hospital de Oliveira, mejoraba considerablemente; y como se procedía á la querella, pasaba desde la enfermería á la cárcel.

Gonzalo protestó en seguida:

— No, señor; haga el obsequio de decir al señor don Juan Gouveia que no quiero que se encarcele al hombre. Fué atrevido y llevó una paliza horrenda; estamos en paz.

— Pero, señor don Gonzalo Mendes. . .

— Por el amor de Dios, amigo Godiño, no quiero y no quiero. Explíquesele bien al señor Juan Gouveia; detesto venganzas; no está ni en mis hábitos ni en los hábitos de la familia. Nunca hubo un Ramires que se vengase. Quiero decir, sí, hubo uno; pero. . . En fin, explíquesele bien al señor Juan Gouveia; yo voy luego por el Casino. No consiento que molesten más al hombre; detesto las ferocidades. . .

— ¿Pero? . . .

— Esta es mi decisión, Godiño.

Gonzalo siguió protestando de que el de Nacejas bajase á la sórdida cárcel de Villa-Clara para dormir sobre una tabla, y hasta pensó en galopar hacia la Villa á detener el celo legal de Juan Gouveia. Cerca estaba la casa de José Firmino, carpintero y compadre suyo, y hacia allá trotó, apeándose en el portal. El compadre Firmino se marchó temprano para la Arribada, donde se trabajaba en las obras del lagar del señor Esteves, y fué la comadre quien corrió hacia la cocina con los dos pequeños colgados de las sayas y más sucios que estropajos. El hidalgo besólos tiernamente.

— Hay un rico olor á pan cocido, comadre; ¿ha sido hoy la hornada? Bueno; abraza á Firmino, y que no se olvide de que la elección es el domingo que viene y yo cuento con el voto de él; y mire que no es por el voto, es por la amistad.

La comadre mostraba, sonriendo, sus dientes magníficos. «¡Ah!, el hidalgo puede estar seguro que Firmino ya ha jurado que el que no vaya á votar al hidalgo por voluntad iría á palo limpio.» El hidalgo apretó la mano de la comadre, que desde la puerta, con los dos pequeños colgados de las sayas, siguió la polvareda de la yegua como el surco de un rey benéfico. En la taberna de Manuel de Adeya, unos cuantos trabajadores bebían ruidosamente, con las chaquetas tiradas encima de los bancos. El hidalgo bebió con ellos. El más viejo, un abuelo oscuro y sin dientes, con la cara más arrugada que una nuez seca, dió un puñetazo entusiasta sobre el mostrador. «Esto, rapaces, es hidalgo, que cuando un pobre de Cristo se destroza una pierna, le presta la yegua y va con él al lado más de una legua á pie, como fué con el Solla. Rapaces, esto es un hidalgo de verdad.»

Los vivos atronaron la venta, y cuando Gonzalo montó todos lo cercaron como vasallos ardientes que á una señal correrían á votar ó á matar.

En casa de Tomás Pedro, la abuela, una vieja paralítica, rompió á lloriquear porque su Tomás estaba siempre fuera cuando el hidalgo venía á visitarlo. «Que aquello era como visita de santo.»

— Tía Petra, tía Petra, pecador, gran pecador.

— No, señor; no, señor; que quien mostró aquella caridad por el hijo de Casco merece estar en un altar.

El hidalgo refa, apretaba aquellas manos ásperas y rugosas como raíces, y encendía el cigarro en la brasa del hogar. Después, pensaba: «es curioso; parece que esta gente me quiere bien». A las cuatro decidió cesar la visita y recogerse á la Torre por la carretera de *Bica-Santa*, y ya había pasado el lugarejo de Cerdal, cuando á la vuelta del camino tropezó con el doctor Julio, que venía también á caballo de su visita debajo de un quitasol verde. Ambos detuvieron las yeguas y se saludaron amablemente.

— Mucho gusto en verle, señor don Julio.

— Igualmente, señor Gonzalo Ramires.

— De la tarea, ¿eh?

El doctor Julio encogió los hombros.

— Me metieron en estos laberintos, que, ¿sabe cómo acaban? Acaban en que yo mismo, el domingo que viene, voy á votar al señor don Gonzalo.

El hidalgo rió y ambos se apretaron las manos con alegría.

Así empleó el hidalgo esa semana en la visita á los electores grandes y pequeños. Dos días antes de la elección, con un tiempo ya fresco, partió para Oliveira, donde llegó la vispera Andrés Cavalleiro.

En los Cuñaes, apenas saltó del coche, en-

furecióse al saber por el buen Juan de la Puerta «que las señoras Louzadas estaban arriba de visita con la señora doña Gracia».

— ¿Hace mucho?

— Hace más de media hora, mi señor.

Gonzalo marchó hacia su cuarto.

Ya se había lavado y mudado cuando Barrolo apareció despavorido, desusadamente radiante, con levita y sombrero de copa y los carrillos encendidos.

— Parece brujería — exclamó al ver á Gonzalo después de abrazarlo —. Estaba ahora mismo pensando en mandarte un telegrama para que vinieses.

— ¿Por qué?

— ¿Por qué? Por nada; quiero decir por la elección. Cavalleiro ha llegado hoy. Ahora vengo del gobierno civil. Estuve en el palacio con el señor obispo, y después pasé por el gobierno civil. Andrés trae novedades, grandes novedades.

Barrolo se refregaba las manos con tan grande alborozo, que el hidalgo le miró impresionado:

— Oye, Barroliño, ¿tienes alguna cosa buena que anunciarme?

Barrolo retrocedió, negó. ¿Él? ¡No! ¡No sabía nada! ¡Sólo lo referente á la elección! En la Murtosa votación tremenda. . .

— ¡Ah! Pensé. . . — murmuró Gonzalo —. ¿Y Graciña?

— Graciña, tampoco.

— Graciña, ¿cómo está?

— ¡Ah!, está con las Louzadas. ¡Hace más de media hora! ¿Tú quedarás aquí hasta el domingo?

— No; vuelvo mañana á la Torre. Es día de elección, hombre; debo de estar en mi casa.

— Es lástima — murmuró Barrolo —. Se sabía al mismo tiempo que lo de la elección... Yo daba una comida.

— ¿Se sabía qué?...

Barrolo enmudeció, con las mejillas como dos brasas gloriosas. Después nuevamente gimió:

— Se sabía... ¡Nada! El resultado... Y gran bullicio, gran hoguera. En la Murtosa abro una pipa de vino.

Entonces Gonzalo cogió á Barrolo por los hombros:

— Dime, Barroliño. Tú tienes alguna cosa buena que contar á tu cuñado.

El otro escapó, protestando: «¡Qué obstinación! ¡Qué tontería! ¡Él no sabía nada! ¡Andrés no le había contado nada!»

— Bien — concluyó el hidalgo, seguro de un amable misterio que ocultaba —. Entonces bajemos, y si esas sinvergüenzas de las Louzadas están aún, manda decir por el criado á la sala, bien alto, que llegué, que deseo hablar á Graciña inmediatamente en mi cuarto; con esos monstruos no hay que guardar consideraciones.

Barrolo balbuceó, vacilando:

— El señor obispo las quiere... Estuvo muy amable conmigo el señor obispo.

En las escaleras oyeron el piano y á Graciña tarareando. Ya se había libertado de las Louzadas. Era una antigua canción patriótica de la Vendée, que antaño, en la Torre, entonaban ella y Gonzalo con emoción, cuando les inflamaba el amor hidalgo y romántico de los Borbones y de los Estuardos:

Monsieur de Charette a dit à ceux d'Anceles

«¡Mes amis!»...

Monsieur de Charette a dit...

Gonzalo alzó el cortinón de la sala, terminando la estrofa, con el brazo levantado como una bandera:

«¡Mes amis!»...

¡Le Roy va ramener les Fleurs de Lys!»

Graciña saltó del asiento, con sorpresa.

— ¡No te esperábamos! ¡Creí que pasabas la elección en la Torre!... ¿Y por allí?

— En la Torre todo bien, gracias á Dios... Pero yo con mucho trabajo. Acabé mi novela; después, las visitas á los electores...

— Graciña — dijo Barrolo todo sofocado —, este hombre está desde que llegó con una gran curiosidad. Se figura que yo tengo una buena noticia, una gran noticia que darle... Yo no sé

nada; ¡a no ser lo de la elección! ¿No es verdad, Graciña?

Gonzalo, muy serio, cogió á la hermana por la barba:

— Tú lo sabes; dilo.

Ella sonrió, colorada... No; no sabía nada; sólo lo de la elección.

— Di...

— No sé... Son tonterías de José...

Entonces, ante aquella sonrisa débil, que confesaba, Barrolo no se contuvo; desahogó como estalla una válvula.

Pues bien... Sí... En efecto... Gran novedad... Pero Andrés, que la trajo de Lisboa fresquita, se reserva la sorpresa.

— De modo que yo no puedo... Se lo juré á Andrés... Graciña lo sabe; yo se lo conté ayer... Pero tampoco puede; también juró... Sólo Andrés... El viene luego á tomar café y tira la bomba... ¡Qué es una bomba, una granada!...

Gonzalo, lleno de curiosidad, murmuró simplemente, encogiéndose de hombros:

— Bien, ya sé: ¡una herencia!

Durante la comida, y después en la sala tomando café, mientras Graciña cantaba las antiguas canciones patrióticas, ahora las jacobinas, en loor de los Estuardos, Gonzalo ansió la aparición de Cavalleiro. Ni siquiera sospechaba que á ese encuentro se mezclara amargura, despecho sofocado. Todo su furor contra Cavalleiro, ex-

cerbado en la dolorosa tarde del mirador, revuelto en la Torre durante torturadores días, se disipó lentamente, después de la conmovedora conversación con la hermana, en la mañana histórica de la de Graiña. Graciña entonces, con grandes lágrimas de pureza y de verdad, juró reserva, retraimiento. Gonzalo no podía romper nuevamente con Cavalleiro, andando todavía en los melindres y espantos de Oliveira, aquella reconciliación ruidosa que llamó á Cavalleiro á la intimidad de los Cuñaes. Y, ¿de qué valían furores ó quejas? Ningún rugir ó gemir suyo anularían el mal que se consumase en el mirador, si por ventura se consumó. Así que la cólera contra Andrés se disipó en aquella su dulce alma, donde los sentimientos, sobre todo los más oscuros, los más cargados, siempre se deshacían fácilmente, como nubes en un cielo de verano...

Pero cerca de las nueve, cuando Cavalleiro penetró en la sala, magnífico, con el bigote recortado, pero más retorcido, y una corbata encarnada resaltando estridentemente en su larga pechera, Gonzalo sintió una renovada aversión por toda aquella petulancia henchida de falsedad, y apenas pudo golpear de mala gana las espaldas del viejo amigo, que le apretaba en un abrazo de aparatosa ternura. Y mientras Andrés, retorciendo los guantes claros, lánguidamente sumido en la poltrona que Barrolo le acercó con cariño, contaba cosas de Lisboa y de Cascaes, y

de partidas de *bridge* y de la Parada del Rey, Gonzalo revivió la tarde del mirador, su pobre corazón palpitando contra la persiana mal cerrada, la súplica brutal murmurada á través de aquellos bigotes atrevidos, y enmudeció, como abstraído, destrozando nerviosamente entre los dientes el cigarro apagado. Pero Graciña conservaba una serenidad atenta, sin ninguno de sus encendido rubores, de sus desgraciadas pérdidas de modales y de gusto, levemente seca, con una sequedad preparada y dispuesta. Después Andrés aludió muy despreocupadamente á su regreso á Lisboa, «porque el tío Rui Gomes y José Ernesto le andaban cargando sobre los hombros todo el trabajo de la Nueva Reforma Administrativa».

Entre él y Graciña, separados por una alfombra, parecía cavada una honda legua de foso, adonde rodara y se hundiera toda aquella novela de verano, sin que en el semblante de ambos quedase un encendido vestigio de su ardor: Gonzalo preguntó por los amigos de Lisboa. Todos (según Cavalleiro) ansiaban su llegada.

— Me encontré también á Castañeiro. . . Entusiasmado con tu novela. Parece que ni en Herculano ni en Rebello existe nada tan fuerte como reconstrucción histórica. . . Castañeiro hasta prefiere tu realismo épico al de Flaubert en *Salambo*. En fin, entusiasmado. . . Y nosotros, claro está, ardiendo en deseos de que aparezca la obra sublime.

El hidalgo se puso muy colorado, murmurando: «¡Qué tontería!» Después, pasando la mano suavemente por el hombro de Andrés:

— Pues has hecho aquí mucha falta. . . Hace días pasé por Corinde y tuve nostalgias. . .

Entonces Barrolo, espiondo, ora á Cavalleiro, ora á Gonzalo, con una risa muda y ávida, no se contuvo más y gritó:

— Bien, basta de prólogos. . . Vamos ahora á la gran sorpresa, Andrés. He estado toda la tarde reventando. . . Pero, al fin, juré y callé. . . Ahora no puedo. . . Vamos allá.

Gonzalo, con curiosidad, sonreía despreocupadamente.

— Parece que hay novedades.

Cavalleiro alargó lentamente los brazos, siempre en la vasta poltrona, sin prisa:

— ¡Oh! Es la cosa más sencilla y más natural. . . La señora doña Gracia ya sabe, ¿no es verdad? . . . No hay motivo de sorpresa. . . ¡Tan legítima, tan natural! . . .

Gonzalo exclamó, ya impaciente:

— Pero venga; dila.

Cavalleiro insistía indolente. Lo extraño es que hasta ahora no se pensase en realizar cosa tan adecuada. ¿No le parecía á la señora doña Gracia?

Gonzalo, impaciente, gritó:

— Pero, ¿qué es?

Cavalleiro, que se había levantado de la pol-

trona, delante de Gonzalo, en el silencio atento, alzando el pecho, grave, casi oficial, comenzó:

— Mi tío Rui Gomes y José Ernesto tuvieron una idea muy natural, que comunicaron al rey y que el rey aprobó. . . Que aprobó hasta el punto de enseñorearse de ella, de desear que fuese sólo suya. Y hoy sólo es del rey. El rey, pues, pensó, como nosotros pensamos, que uno de los primeros hidalgos de Portugal, seguramente el primero, debía tener un título que consagrarse bien la antigüedad ilustre de la casa y consagrarse también el mérito superior de quien hoy la representa. . . Por eso, mi querido Gonzalo, te puedo anunciar, casi en nombre del rey, que vas á ser marqués de Treixedo.

— ¡Bravo! ¡Bravo! — bramó Barrolo, con palmadas delirantes —, señor marqués de Treixedo.

Una onda de sangre cubrió el rostro fino de Gonzalo. Sintió que el título era un don de Cavalleiro, no al jefe de la Casa de Ramires, sino al hermano complaciente de Graciña Ramires. . . Y sobre todo sintió la incoherencia de que al jefe de una casa diez veces secular, madre de dinastías, edificadora del reino, con más de treinta de sus varones muertos bajo la armadura, se diese ahora un mezquino título de real orden, inserto en el *Diario del Gobierno*, como á un tendero enriquecido que amaña unas elecciones.

— Marqués de Treixedo. Es cosa muy elegante. Pero, mi querido Andrés; ¿con qué au-

toridad me hace el rey marqués de Treixedo?

Cavalleiro levantó vivamente la cabeza ofendido.

— ¿Con qué autoridad? . . . Simplemente con la autoridad que tiene sobre nosotros todos, como rey de Portugal que aún es, gracias á Dios.

— Perdón, Andrés. Aún no había reyes en Portugal, ni siquiera Portugal existía, y ya mis abuelos Ramires tenían solar en Treixedo. Yo apruebo los grandes dones entre los grandes hidalgos; mas cumple á mis antepasados comenzar. El rey tiene una quinta al pie de Beja, que se llama, me parece, el *Roncón*. Pues di tú al rey que yo tengo un inmenso gusto en hacerle á él marqués del Roncón.

Barrolo entonteció mustiándosele las mejillas. Graciña, colorada, resplandecía de gusto con aquel orgullo que tan bien decía con el suyo, que más le infundía el alma con el alma del hermano amado, y Andrés Cavalleiro, furioso, pero encogiendo los hombros con irónica sumisión, murmuró: «¡Bien, perfectamente! . . . Cada uno se entiende á su modo. . .»

El criado entraba con la bandeja del café.

El domingo fué la elección.

Aún con desconfianza, con una reserva supersticiosa, el hidalgo deseó estar ese día casi escondido.

Barrolo, asustado aún por «aquel desahogo de Gonzalo», que era una ofensa para Cavalleiro (¡hasta para el rey!), se quedó con el encargo de telegrafiar á la Torre las noticias de los colegios á medida que acudiesen al gobierno civil; y con ruidoso celo, estableció entre Cuñaes y el viejo convento de Santo Domingo un servicio de criados. Graciña, en el comedor, ayudada por el Padre Sueiro, copiaba con amor, en una letra muy redonda, los telegramas que enviaba Cavalleiro, y agregaba con lápiz alguna nota amable: «¡La victoria crece! Enhorabuena.»

Por la carretera de Villa-Clara á la Torre el mozo del telégrafo corría sobre la pierna coja. Gonzalo, nervioso, con una inmensa jarra de café sobre la mesa y la bandeja ya llena de cigarros medio fumados, leía los telegramas á Benito.

Y cuando, cerca de las ocho, el hidalgo sintió en comer, ya conocía su triunfo; y lo que le impresionaba releyendo los telegramas, era el entusiasmo cariñoso de aquellos pueblos que lo votaban, y que convertían el acto de la elección casi en un acto de amor. Toda la feligresía de los Bravaes marchaba hacia la iglesia, compacta como una hueste, con José Casco al frente, entre dos tambores resonantes. El vizconde de Río Manso entró en el atrio de la iglesia de Ramilde en su *victoria*, con la nieta toda vestida de blanco, seguido por una vistosa hilera de *char-à-bancs*, donde se apiñaban electores bajo toldos de ver-

dura. Los rapaces iban con una flor en la oreja á la elección del hidalgo, entre el resonar de las bandurrias, como á la romería de un santo, y delante de la taberna del Pintaíño, enfrente de la iglesia, la gente de la Velleda, de Riosa, de Cerdal, levantaba un arco de follaje, donde se destacaba un dístico de percalina encarnada: «¡Viva nuestro Ramires, flor de los hombres!»

Después, mientras almorzaba, un mozo de la quinta volvió de Villa-Clara, contando el entusiasmo que allí había: música por las calles, el Casino con banderas, y en el Ayuntamiento un transparente con el retrato de Gonzalo, que la multitud aclamaba.

Gonzalo tomó de prisa el café. Por timidez, receloso de los vítores, no osó ir á Villa-Clara. Encendió el cigarro, y al asomarse al balcón para respirar en aquella tan dulce noche de fiesta, tan llena de resplandores y de rumores en su loor, casi retrocedió espantado. ¡La Torre se había iluminado! Sobre las viejas almenas refulgía una serena corona de luces. Era una sorpresa preparada con delicioso misterio por Benito, por Rosa, por los mozos de la quinta, que ahora en la obscuridad, por debajo del balcón, contemplaban su obra iluminando el cielo sereno. Gonzalo oyó el clamor de Rosa:

— ¡Benito! ¡Rosa! . . . ¿Está ahí alguien?

Estalló una risotada. La chaqueta blanca de Benito surgió de la sombra.

— ¿Quería alguna cosa el señor doctor?

— ¡No, hombre! Quería dar las gracias. . .
Fueron ustedes, ¿eh? ¡Está linda la iluminación!
¡Está muy linda! ¡Gracias, Benito! ¡Gracias, Rosa!
¡Gracias, rapaces! De lejos debe hacer un efecto
soberbio.

Pero Benito aun no estaba contento con aquellas tenues lamparillas. La Torre necesitaba luces más fuertes. El señor doctor no se imagina lo que se ve desde arriba.

Entonces, de repente, Gonzalo sintió un deseo de subir á ese inmenso mirador de la Torre. No había entrado en la Torre desde que era estudiante, y siempre le desagradó por dentro. Tan oscura, de tan duro granito, con su desnudez, silencio y frialdad de tumba, y luego, en el pavimento térreo, los negros portones chapeados de hierro de las mazmorras. Pero ahora le parecía interesante respirar desde el mirador aquella rumorosa simpatía que, dispersa por las feligresías, rodaba subiendo hacia él en medio de la noche como un incienso. Se puso un paletot y bajó á la cocina. Benito y Joaquín cogieron grandes linternas y con ellos atravesó la pomarada, penetró por el portalón y comenzó á trepar la empinada escalera de piedra.

Ya se había perdido la memoria del lugar que ocupaba aquella Torre en las complicadas fortificaciones de la Honra y señorío de Santa Ireneia. No era, seguramente (según el Padre

Sueiro), la noble torre albarrana, ni la de la Alcazaba, donde se guardaba el tesoro y los sacos tan preciosos de las especierías de Oriente, y tal vez oscura y sin nombre, apenas defendiese algún ángulo de muralla hacia el lado en que el castillo da frente á las tierras sembradas y á los oteros de Ribeira. Pero, sobreviviendo á las otras más altivas, comprendida en las construcciones del hermoso castillo que se levantó de entre el sombrío castillo alfonsino y que dominaba á Santa Ireneia durante la dinastía de Avis, ligada todavía por claras arcadas al palacio, de gusto italiano, en que Vicente Ramires convirtió el palacio Manuelino después de su campaña de Castilla; aislada en la pomarada, pero dominando el caserón que lentamente se edificara después del incendio del palacio, en tiempo del rey Don José, y la última seguramente donde resonaron armas y circularon hombres de los Ramires, ella ligaba las edades y mantenía, en sus piedras eternas, la unidad del largo linaje. Por eso el pueblo la llamaba vagamente la «Torre de don Ramires».

Encima, Gonzalo tuvo la sensación de dominar toda la provincia y de poseer sobre ella una supremacía paternal, sólo por la soberana altura y vejez de su Torre, más vieja que el reino. Lentamente caminó alrededor de las almenas.

En el cielo suave, pero levemente nublado, lucían sin brillo raras estrellas. Debajo, toda la inmensidad de los campos, la espesura de las

arboledas se hundían en la sombra. Pero en la sombra y en el silencio, del lado de los Bravaes, relampagueaban cohetes remotos. En la alta iglesia de la Velleda temblaba y resplandecía una iluminación vaga, rala. Otras luces inciertas denunciaban el viejo arco del monasterio de Santa María de Craquéde. De la tierra oscura subía á veces un son errante de tambores y luces; diez feligresías celebraban amablemente al hidalgo de la Torre, que recibía aquel amor y aquella alabanza, allá en su Torre, más antigua que el reino.

Benito bajó con Joaquín para reforzar las lamparillas que morían poco á poco, y Gonzalo, solo, acabando el cigarro, recomenzó el paseo, lento, en torno de las almenas, perdido en un pensamiento que le agitara extrañamente, en aquel sobresaltado domingo. . . ¡Era ya popular! Por todas esas aldeas extendidas á la sombra de la Torre, ¡era ya popular!, y esta certidumbre no le llenaba de alegría ni de orgullo, antes lo llenaba de confusión y de arrepentimiento. ¡Ah! ¡Si él hubiese adivinado, cómo caminaría con la cabeza levantada, con los brazos bien extendidos, confiado y risueño, hacia todas esas simpatías que tan seguramente lo esperaban! Pero no; siempre se juzgaba cercado por la indiferencia de aquellas aldeas, donde él, á pesar del antiquísimo nombre, era el acostumbrado mozo que vuelve de Coimbra y vive silenciosamente de su renta, paseando en su yegua. A esas indiferen-

cias tan naturales, nunca pretendió él arrancar el puñado de votos que necesitaba para entrar en la política, donde él conquistaría por la destreza lo que los viejos Ramires recibían por la herencia: fortuna y poder. Por eso se agarraba tan ávidamente á la mano de Cavalleiro, del señor gobernador civil, para que lo mostrase, lo impusiese como el hombre necesario, el mejor entre los buenos, á quien las feligresías debían aclamar en una tarde de domingo.

En la impaciencia de ese favor había olvidado amargos agravios, y que delante de Oliveira había abrazado al hombre detestado tantos años, á quien andaba demoliendo por plazas y periódicos, facilitando la resurrección de sentimientos que para siempre debían yacer enterrados, y envolviendo al sér que más amaba, á su pobre hermana, en confusión y en miseria moral. Torpezas y daños, ¿y para qué? Para alcanzar un puñado de votos que dos feligresías le traerían corriendo y gratuitamente, efusivamente, entre vivas y cohetes, si él los hubiera pedido.

Fué la desconfianza, esa encogida desconfianza de sí mismo que desde el colegio le estragó la vida toda. Era la misma desgraciada desconfianza que semanas antes, delante de una sombra, de un palo levantado, de una risotada en una taberna, lo forzó á huir, lo impelió á huir. Por fin, un día en una carretera avanza á pecho descubierto y encuentra su fuerza. Ahora penetra

por entre el pueblo agarrado tímidamente á una mano poderosa por encontrarse impopular, y encuentra que su popularidad es inmensa. ¡Qué vida tan engañada por no haber sabido descubrirla!

Benito no aparecía, ocupado como estaba en iluminar dignamente las rejas de la Torre. Gonzalo tiró la punta del cigarro, y con las manos en los bolsillos del paletot, miró vagamente las estrellas. La niebla desaparecía, y luces más vivas palpitaban en el cielo profundo. De las estrellas y de los cielos descendía esa sensación de eternidad que penetra en las almas no acostumbradas á su contemplación. Por la de Gonzalo pasó muy fugitivamente el espanto de esas eternas inmensidades bajo las que se agita, tan vanidosa de su agitación, la mísera y sombría polvareda humana. Lejos, algún último cohete brillaba, apagado luego en la obscuridad serena. Las lucécitas sobre la capilla de la Velleda y sobre el arco de Santa María de Craquéde se amortecían ya. Todo el remoto rumor de las musicatas se perdía en el hondo silencio de los campos adormecidos. El día de triunfo terminaba, breve como las luces y los cohetes, y Gonzalo consideraba ahora el valor de ese triunfo por el que tanto se había rebajado. ¡Diputado! ¡Diputado por Villa-Clara, como Sanches Lucena! Y ante ese resultado tan pequeño, tan nimio, tan misérrimo, todo su esfuerzo, tan desesperado y tan sin escrúpulos, le parecía menos inmoral que risible. ¡Dipu-

tado! ¿Para qué? Para almorzar en Braganza, para ir en coche á San Benito y escribir alguna carta desde allí á su sastre, para bostezar con la inanidad ambiente de los hombres y de las ideas y acompañar distraidamente en silencio ó burlando al rebaño de San Fulgencio por haber desertado del rebaño idéntico del Braz Victorino. Sí, tal vez un día, con rastreras concesiones al jefe ó á la señora del jefe, y promesas á los periódicos y algún discurso voceado sin entusiasmo, lograrse ser ministro. Y entonces sería otro coche con el correo detrás en las tardes de firma, y recurvadas sonrisas de los amanuenses en los oscuros corredores del ministerio, y el lodo corriendo sobre él en todos los periódicos de oposición. ¡Ah!, qué vida tan poco interesante en comparación con otras llenas y soberbias vidas que tan magníficamente palpitaban bajo el temblor de esas mismas estrellas! Mientras él se encogía en su paletot de diputado por Villa-Clara en el triunfo de esa miseria, los pensadores completaban la explicación del Universo; los artistas realizaban obras de belleza eterna; los reformadores perfeccionaban la armonía social; los santos mejoraban santamente las almas; los fisiólogos disminuían el viejo sufrir humano; los inventores ensanchaban la riqueza de las razas; los aventureros magníficos arrancaban mundos á su esterilidad y á su mutismo.

¡Ah! Esos eran verdaderamente hombres,

porque vivían deliciosas plenitudes de vida modelando con sus manos incansables formas siempre más bellas ó más justas de humanidad.

¡Quién fuera, como ellos, sobrehumano! ¿Y acciones tan supremas requieran el genio, el don que, como la antigua llama, desciende desde Dios sobre los elegidos? No; bastaba con un claro entendimiento de las realidades humanas; bastaba con querer.

Y el hidalgo de la Torre, entre el cielo todo estrellado y la tierra toda oscura, revolvió pensamientos de vida superior, hasta que, abstraído, y como si la energía de la larga raza que por la Torre pasara refluyese á su corazón, imaginó su propia vida encaminada en fin hacia una acción vasta y fecunda en que soberbiamente gozase el gozo del verdadero vivir y en torno de sí crease vida y añadiese un lustre nuevo al viejo lustre de su nombre, y riquezas puras lo dorasen, y su tierra entera lo alabase, porque él, entero, en un esfuerzo pleno había servido magníficamente á su tierra.

Benito surgió con la linterna.

— El señor doctor, ¿todavía continúa aquí?

— No; la fiesta acabó ya, Benito.

En los comienzos de Diciembre, con el primer número de los *Anales*, apareció *La Torre de don Ramires*, y todos los periódicos, hasta los de

oposición, aplaudieron «ese estudio magistral (como afirmó *La Tarde*), que, revelando un erudito y un artista, continuaba con un arte más moderno la obra de Herculano y de Rebello, la reconstitución moral y social del viejo Portugal heroico». Después de las fiestas de Navidad, que pasó alegremente en los Cuñaes, ayudando á Graciña á cocinar bolos de bacalao por una receta sublime del Padre José Vicente de la Finta, los amigos de Oliveira, los rapaces del Club y de la Arcada dieron al diputado por Villa-Clara en la sala de la Cámara, adornada con ramos y banderolas, un banquete, al que asistió Cavalleiro de gran cruz y en que el barón de las Marges (que presidía) saludó «al prestigioso mozo que tal vez desde los escaños levantase del marasmo á este brioso país con la pujanza y la valentía que son propias de su raza nobilísima». A mediados de Enero, en una agreste noche de lluvia, Gonzalo partió para Lisboa, y durante el invierno anduvo rodando por los *carnet-mondain* y *high-life* de los periódicos, en comidas, *raouts*, tiros de pichón, cacerías reales, de tal manera, que los Barrolos suscribiéronse al *Diario Ilustrado* para saber cuándo paseaba por la Avenida. A fines de Abril una noticia alborozó de repente á Villa-Clara, espantó en la quieta Oliveira á los rapaces del Club y de la Arcada, perturbó tan inesperadamente á Graciña, entonces en Amarante con Barrolo, que aquella misma

noche marcharon, y en la Torre hizo gemir á Rosa sobre un banco de la cocina:

— ¡Ay, mi señor, que ya no lo torno á ver más!

Gonzalo Mendes Ramires, silenciosamente, casi misteriosamente, había obtenido la concesión de vastos terrenos en Zambeze, hipotecó su quinta histórica de Treixedo y embarcaba en los comienzos de Junio en el vapor *Portugal* con Benito para África.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1825 NOVIEMBRE, MEXICO

XII

CUATRO años pasaron sobre la vieja Torre, ligeros y leves como vuelos de ave. Era una dulce tarde de Septiembre. Volvía la Torre á su alborozada alegría porque, después de cuatro años, Gonzalo regresaba de África. Graciña, que anduvo todo el día atareada en la limpieza de la casa, sonreía pensativamente, recordando esos cuatro años que pasaron sin mudanza entre los Cuñaes y la Torre, donde la vida rodaba tan sin historia como rueda un río lento por un paraje solitario. Gonzalo en África, mandando de cuando en cuando cartas alegres donde palpita- ba un entusiasmo de fundador de imperios. Ella en los Cuñaes, en un tan quieto vivir, que eran casi agitados los días en que comían los Mendozas, los Marges, el coronel del 7.º y otros amigos. En este manso correr de la vida se desvaneció mansamente, casi insensiblemente, la sombría tormenta de su corazón. Ni comprendía ahora cómo un sentimiento que justificaba y casi